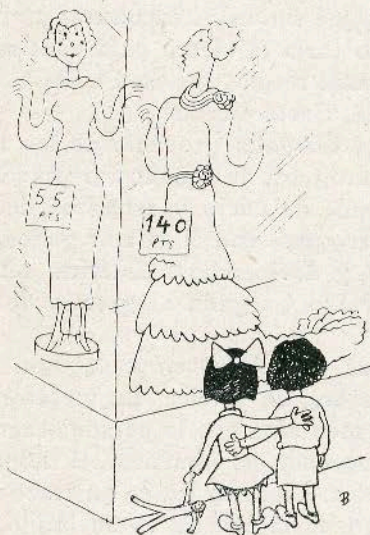


CIVDAD



Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

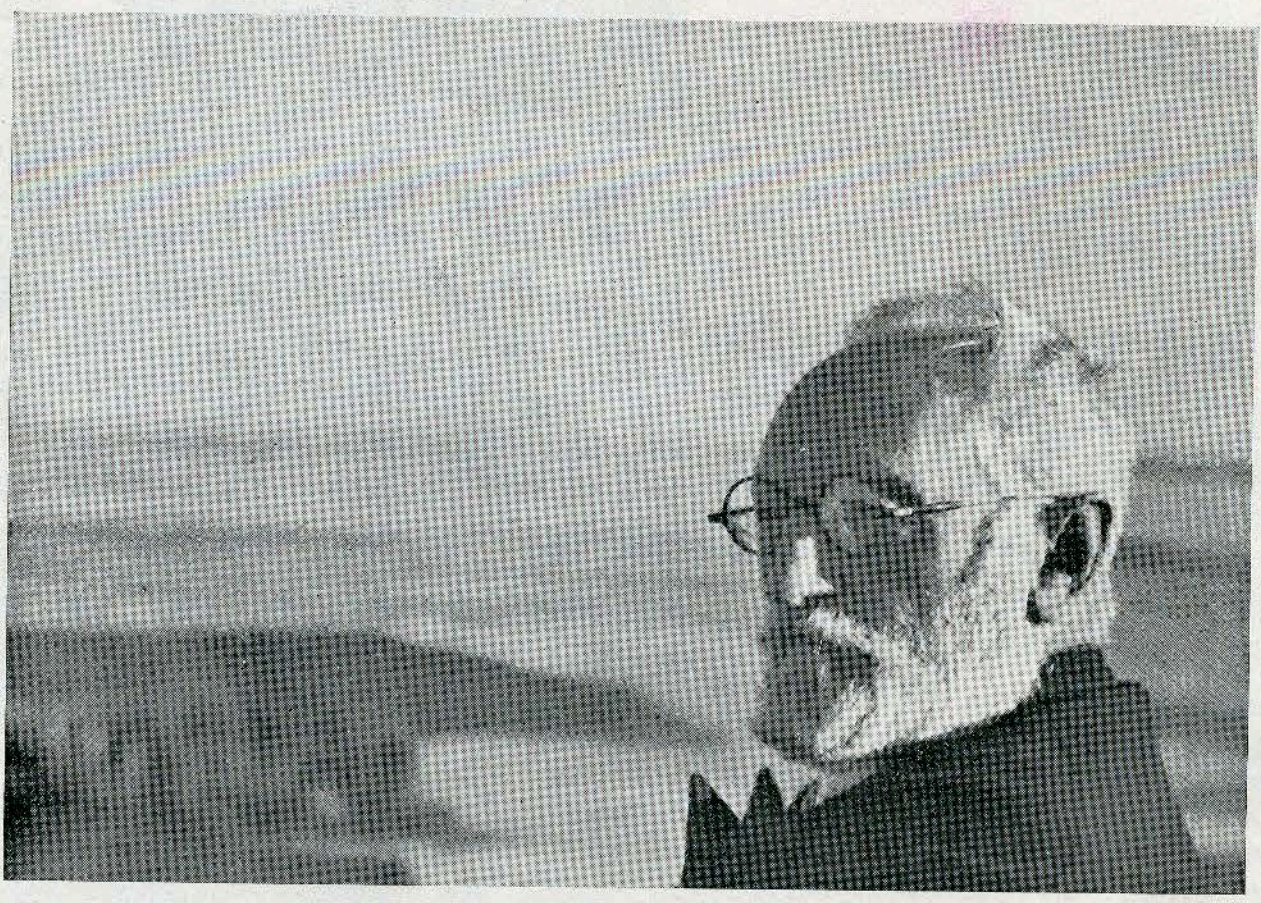
APARECE TODOS LOS MIERCOLES

12-19



LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

U N A M U N O



Cuando un hombre resiste, como ha resistido D. Miguel de Unamuno, a ese acto funeral de la jubilación oficial, y cuando vuelve a surgir con todo "punch" viril de su atlética ancianidad por debajo de un mar de discursos y de literatura, es que no ha terminado su surco en la Historia ni ha dejado la túnica magistral olvidada para siempre.

Suelen decir, los que tienen del político una tosca idea rural, que D. Miguel de Unamuno es un deplorable político. Así es, seguramente, si por político se entiende el cazador de votos a tantas azumbres de vinazo el voto, o si por político se entiende el bergante chariatán que vende fórmulas de felicidad material inmediata por todas las calles, callejuelas, plazas y plazuelas que tiene el país.

Pero si por político se entiende un hombre que llega poco a poco con palabras cálidas y manos paternas a remover la entrañable y antigua substancia de España, que la remueve su sentimiento íntimo con ideas encarnadas en fórmulas indeciblemente cordiales; si se entiende por político el hombre que mejor ha sentido en su ser físico la angustia llamada de su Patria inmensa y tiene en su mano blanda de patriarca, calentándola con sangre de sus venas y aliento de su pecho, a la última célula del ser vivo que es España..., entonces, amigos, Miguel de Unamuno es el primer político de España.

Puede ser varia la fortuna del país; pueden enloquecerle vientos fríos de las planicies asiáticas, alborotados vientos y barrocas ideas del Mediterráneo. Pero la juventud madurada de España volverá en los momentos de duda sus ojos a la limpia colina de la frente de Unamuno, purificada por el airecillo rectilíneo que tonificaba laureles en el Huerto de Fray Luis.

Todos los discursos de todos los políticos españoles en treinta años no valen un diálogo con Miguel de Unamuno. El sabe mejor que nadie, porque se lo ha dicho en intimidades epitalámicas la propia España, cuál es su destino y su ansia, dónde está su último deseo, cuál es la última caricia que espera. Nadie, nadie sabe esto como Miguel de Unamuno, a quien, por saberlo, le llaman paradójista, estrafalario y chiflado. Todo eso son desdenes de amantes contrariados. Unamuno ha sido un conquistado por Castilla voluntariamente. Entregó a Castilla su fuerte naturaleza vasca, su lengua materna, y Castilla le devolvió el secreto de su romance y le dió a su Salamanca de plata y oro. Por un fenómeno de mimetismo, él es como Salamanca: plata, en el venerable somo de su cabeza equilibrada. Oro, en la tez, patinada por un sol que fué imperial.

Unamuno suele pasear en las marciales tardes de Salamanca por los sotos sombreados del gentil álamo castellano, referencia vegetal del paisaje en España, como lo es el ciprés en el paisaje de Italia. Desde el Huerto de Fray Luis ha contemplado muchas veces la amada ciudad, su patria espiritual. De esa contemplación nacieron estos versos de la "Oda a Salamanca".

Al publicarlos con una espléndida fotografía, en que aparece la ciudad con toda su calidad de una obra de orfebrería de Arfe, rendimos a Unamuno el homenaje de admiración que cualquier día del año y cualquier año de nuestra vida es oportuno.

FOTOGRAFÍAS DE JOSE SUAREZ





S A L A M A N C A

Alto soto de torres que, al ponerse
tras las encinas que el celaje esmalta,
dora a los rayos de su lumbre el padre
Sol de Castilla;

bosque de piedras que arrancó la Historia
a las entrañas de la tierra madre,
remanso de quietud: yo te bendigo,
mi Salamanca.

Miras a un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo,
cual el follaje de tu piedra, inmoble,
denso y perenne.

Y de otro lado, por la calva Armuña,
ondea el trigo, cual tu piedra, de oro,
y entre los surcos, al morir la tarde,
duerme el sosiego.

Duerme el sosiego, la esperanza duerme;
de otras cosechas y otras dulces tardes.
las horas al correr sobre la tierra
dejan su rastro.

Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo,
que año tras año maduró en tus aulas,
duerme el recuerdo.

Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
y en el tranquilo curso de tu vida,
como el crecer de las encinas, lento
lento y seguro.

De entre tus piedras seculares, tumba
de memoranzas del ayer glorioso,
de entre tus piedras recogió mi espíritu
fe, paz y fuerza.

En este patio, que se cierra al mundo
y con ruinoso crestería borda
limpio celaje; al pie de la fachada,
que de plateros

ostenta filigranas en la piedra;
en este austero patio, cuando cede
el vocerío estudiantil, susurra
voz de recuerdos.

En silencio Fray Luis quédase solo,
meditando de Job los infortunios
o paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.

Nombres de paz y amor con que en lucha
buscó conforto, y, arrogante, luego
a la brega volvióse, amor cantando,
paz y reposo.

La apacibilidad de tu vivienda
gustó, andariego soñador, Cervantes;
la voluntad le enhechizaste, y quiso
volver a verte.

Volver a verte en el reposo quieta,
soñar contigo el sueño de la vida,
soñar la vida que perdura siempre,
sin morir nunca.

Sueño de no morir es el que infundes
a los que beben de tu dulce calma,
sueño de no morir ese que dicen
culto a la muerte.

En mí florezcan, cual en ti, robustas,
en flor perduradora, las entrañas,
y en ellas talle con seguro toque
visión del pueblo.

Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica,
y asíentese en mi patria para siempre
la mi Quimera.

Pedernoso cual tú sea mi nombre,
de los tiempos la roña resistiendo,
y por encima al tráfago del mundo
resuene limpio.

Pregona eternidad tu alma de piedra,
y amor de vida en tu regazo arraiga,
amor de vida eterna, y a su sombra
amor de amores.

En tus callejas, que del sol nos guardan
y son cual surcos de tu campo urbano,
en tus callejas duermen los amores
más fugitivos.

Amores que nacieron como nace
en los trigales amapola ardiente,
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueño.

El dejo amargo del Digesto hastioso
junto a las rejas se enjugaron muchos,
volviendo luego, corazón alegre,
a nuevo estudio.

De doctos labios recibieron ciencia,
mas de otros labios, palpitantes, frescos,
bebieron del Amor, fuente sin fondo,
sabiduría.

Luego, en las tristes aulas del Estudio,
frías y oscuras, en sus duros bancos,
aquietaron sus pechos, encendidos
en sed de vida.

Como en los troncos vivos de los árboles
de las aulas, así en los muertos troncos
grabó el Amor, por manos juveniles,
su eterna empresa.

Sentencias no hallaréis del Triboniano;
del Peripato no veréis doctrina,
ni aforismos de Hipócrates sutiles,
jugo de libros.

Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olalla, Concha, Blanca o Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

Así bajo los ojos la divisa
del amor, redentora del Estudio,
y cuando el maestro calla, aquellos bancos
dicen amores.

¡Oh, Salamanca! Entre tus piedras de oro
aprendieron a amar los estudiantes,
mientras los campos que te ciñen daban
jugosos frutos.

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.

Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
dí tú qué he sido.

